

# La cuestión de la infancia y la adolescencia en la psicología y el psicoanálisis en Francia

*Annick Ohayon*\*

Université de Paris 8 / Centre Alexandre Koyré, EHESS

## Resumen

---

Este artículo trata de cómo la psicología, el psicoanálisis y la psiquiatría han abordado en Francia las cuestiones de la infancia y la adolescencia (normales e inadaptadas), así como de las prácticas sociales subsiguientes, de los años 30 a los 80 del siglo xx. La autora muestra la ruptura provocada por la segunda guerra mundial y el papel cada vez más importante, potenciado por la popularización, desempeñado por psicoanálisis en el campo educativo, pero también los límites y riesgos de este proceso.

*Palabras clave:* Psicología, Psiquiatría, Francia, Infancia, Adolescencia, Popularización.

## Abstract

---

In this paper, the author focuses on the way Psychology, Psychoanalysis and Psychiatry have dealt with the problems of childhood and adolescence, as well normal as abnormal, in France, and on the following social practices, from the thirties to the eighties. She considers the breaking provoked by the Second World War, and the role, growing stronger and stronger, of Psychoanalysis in the educational field, still increased by the process of popularization and she shows the limits and the risks of this process.

*Keywords:* Psychology, Psychiatry, France, Childhood, Adolescence, Popularization.

\* Correspondencia: Annick Ohayon, Centre Alexandre Koyré d'histoire des sciences et des techniques, 27 Rue Damesme, 75013, Paris. E-mail: <annick.ohayon@wanadoo.fr>. Traducción: Enrique Lafuente Niño (Universidad Nacional de Educación a Distancia).

## INTRODUCCIÓN

Los años que siguen a la Segunda Guerra Mundial aparecen en Francia marcados por una considerable alteración del paisaje institucional de las ciencias humanas y sociales. Para la psicología, el factor más visible y decisivo de este cambio estructural es la creación en 1947 de la licenciatura nacional en psicología, que hace posible el surgimiento de un nuevo grupo social: el de los psicólogos profesionales. Terminaba así la era anterior, la de los pioneros de la psicología «científica», a la que éstos se habían esforzado por garantizar una cierta autonomía respecto de la filosofía y la clínica médica. Comienza ahora otra época en la que aparecen nuevos actores, nuevas instituciones y nuevos objetos de estudio. Dos de ellos estarán directamente relacionados con las consecuencias de la guerra en la sociedad francesa: la adolescencia (normal o inadaptada) y los grupos. El interés por el tema de la adolescencia puede verse como síntoma de las inquietudes de una sociedad desorientada, en crisis, pero también de las esperanzas de cambio y renovación que la juventud comporta. En cuanto al entusiasmo por la pedagogía y la psicología de los grupos, traduce también un deseo de cambio social, a través de microevoluciones que podrían permitir evitar los grandes desgarros ideológicos y políticos que acababan de sacudir el mundo. Es del primero de estos temas del que me voy a ocupar fundamentalmente en este artículo, subrayando las continuidades, las rupturas y las innovaciones que introduce en el universo teórico y práctico desarrollado entre el periodo de entreguerras y los dos decenios que le siguen.

## EL PSICOANÁLISIS, LA PSICOLOGÍA Y LA PSIQUIATRÍA FRANCESAS DE LA LIBERACIÓN A MEDIADOS DE LOS AÑOS 1950.

El fenómeno más llamativo es el ascenso espectacular del psicoanálisis tanto en el campo de la psiquiatría como en el de la psicología. Salta al primer plano una generación de hombres y mujeres nacidos a comienzos del siglo xx, en su mayoría médicos convertidos en psicoanalistas. Se llaman Daniel Lagache, Jacques Lacan, Sacha Nacht, Pierre Mâle, Françoise Dolto, André Berge, Georges Mauco, Juliette Favez-Boutonier...

Los tres primeros de estos mosqueteros desempeñarán un papel determinante en la historia del movimiento psicoanalítico francés, y serán los principales protagonistas de sus dos primeras escisiones, en 1953 y 1964. Habían sido analizados por Rudolph Loewenstein, posteriormente emigrado a los Estados Unidos, donde desarrolló con Heinz Hartmann y Ernst Kris la pujante corriente de la Psicología del Yo. Este enfoque ponía el acento en la importancia de las funciones del Yo y de la adaptación de la persona al medio social, una perspectiva que no tardaría en rechazar Lacan. Por el momento, nuestros tres mosqueteros se unirán para reconstruir y refundar la Sociedad

Psicoanalítica de París. Sus intereses eran clínicos, pero también teóricos. Los demás miembros de esta pequeña comunidad (aparte de Pierre Mâle, analizado por la princesa Marie Bonaparte) se formaron todos en el diván de René Laforgue. Este último fue uno de los pioneros del movimiento psicoanalítico francés, pero también el fundador, a principios de los años 1930, de un «socio-psicoanálisis» que era una aplicación directa y literal de los conceptos freudianos al análisis de los hechos sociales. Durante la guerra se entregó a compromisos muy peligrosos con los ocupantes nazis (Ohayon, 1999, 2006, p. 241-49), y el oprobio de que fue objeto por ello alcanzó también a sus alumnos. Éstos, según la fórmula de uno de ellos, André Berge, se introdujeron en el psicoanálisis «por la puerta infantil» (Berge, 1988), es decir, por la puerta chica, y sus intereses eran más clínicos que teóricos.

En psicología, el personaje principal era por entonces Daniel Lagache. Profesor agregado de filosofía, psiquiatra y psicoanalista, contribuyó ampliamente a la creación de la licenciatura nacional en psicología, y luchó por crear una nueva dimensión, la psicología clínica, y un nuevo personaje, el psicólogo clínico. Recurrió para ello a la fenomenología, al psicoanálisis, a la psicología genética de Henri Wallon y Charlotte Bühler, a la psicología social, pero también a métodos nuevos: los tests proyectivos, en particular el Rorschach, el psicodrama de Moreno y la dinámica de grupos de Kurt Lewin. Lagache y sus discípulos (Didier Anzieu, Serge Moscovici) se introdujeron en el ámbito académico de la psicología y en el de las aplicaciones prácticas, pero tuvieron que enfrentarse a las reticencias no sólo del cuerpo médico, sino también de los representantes de la tradición científica de la psicología anterior a la guerra. Los más eminentes (Charles Blondel, Georges Dumas, Edouard Toulouse, Pierre Janet) habían muerto. Quedaban sin embargo dos grandes maestros de esa generación: Henri Piéron y Henri Wallon. Ambos se movilizaron entonces para reformar la enseñanza y la educación mediante el plan Langevin-Wallon, que no se aplicaría nunca, pero que seguiría siendo una referencia moral fundamental en el mundo educativo. Pero así como Piéron continuaría desempeñando un importante papel institucional en la psicología francesa e internacional, a Wallon se le marginó, y en 1949 tuvo que abandonar su puesto en el Collège de France. Siguió dirigiendo, sin embargo, su laboratorio de psicobiología del niño, y promovió a sus jóvenes discípulos, que se habían vuelto importantes con la guerra: René Zazzo, Hélène Gratiot-Alphandéry, Irène Lézine. El compromiso de Wallon con el Partido Comunista Francés explicaba sin duda su relativo aislamiento de la escena internacional, en tanto que aumentaba el prestigio de su rival de siempre, el psicólogo suizo Jean Piaget. Sin embargo, en la construcción de una psicología de la adolescencia se podía advertir una filiación walloniana, que privilegiaba un enfoque bio-psico-social del sujeto, a través de los trabajos de Maurice Debesse sobre «La crisis de originalidad juvenil», sobre los que volveré más adelante (Debesse, 1941), y los de Bianka Zazzo sobre las reacciones de los y las adolescentes ante el cine (Zazzo,

B., 1958), primeros jalones de una psicología diferencial de la adolescencia que esta autora desarrollará en los años 1960 (Zazzo, B., 1966).

Por último, para terminar esta descripción de los grupos sociales que renovaron el campo «psi» al sobrevenir la Liberación, debe mencionarse otro sector cuya extensión era por entonces considerable: el de la neuropsiquiatría infantil. El personaje clave, ineludible, fue Georges Heuyer. Heuyer había contribuido al nacimiento y la institucionalización de este campo desde un cuarto de siglo antes, con sus discípulos de primera hora (Louis le Guillant, Gilbert Robin, Jean Dublineau), en la primera clínica de neuropsiquiatría infantil fundada en París en 1925. Su principal campo de interés no era el déficit de inteligencia, como en el entorno de Alfred Binet a comienzos del siglo xx, sino los trastornos del carácter y del comportamiento, sus causas y su evolución. Durante el cuarto de siglo transcurrido, la política de protección de la infancia y de la adolescencia delincuente estuvo fuertemente marcada por las teorías constitucionalistas de Ernest Dupré, en particular por ese «síndrome de acero, que da miedo»: la perversión instintiva (Robin, 1934). Según esta corriente, el pervertido se hallaba desprovisto de sentido moral desde que nace, presentaba una falta de afectividad innata, era «ineducable, inintimidable, incorregible». Como el criminal nato de Lombroso, era el agente activo y precoz de la criminalidad. De ahí la importancia de evitar que perjudicase a nadie mediante un diagnóstico rápido en lo que se llamaron «cárceles de niños», es decir, reformatorios de carácter penitenciario. Se practicaba así una política vinculada a los tribunales de menores, que ponía la preocupación por la protección de la sociedad muy por delante del interés del niño.

A comienzos de los años 1930, los trabajos de Georges Heuyer y sus colaboradores establecían que las causas de la delincuencia juvenil eran la disociación familiar, el alcoholismo y la heredosífilis. Según Heuyer, Paul-Boncour y Roubinovitch, la mayor parte de los delincuentes eran anormales psíquicos (245 de cada 300; revista *Je sais tout* [Lo sé todo], marzo de 1934). Pandillas de jóvenes sinvergüenzas invadían las ciudades y amenazaban la paz civil. Pero otras voces reclamaban una política que se basase más en la asistencia y la educación de estos jóvenes que en su castigo. Entre las más famosas debe citarse la del periodista Alexis Danan, que en *Paris Soir* hizo campaña contra el escándalo de las cárceles de niños, pero también la de Jacques Prévert, a quien la revuelta de los internos de Belle Ile le inspiró el poema «La chasse à l'enfant» [La caza del niño]. Henri Wallon apoyó este movimiento, así como su discípulo, el joven René Zazzo, que dio a conocer la existencia de «jaulas para niños» en la Escuela Théophile Rousselle de Montesson, que sin embargo pretendía ser el escaparate de los reformatorios (Zazzo, 1934).

Al igual que el público en general, los alienistas estaban divididos. Dentro del grupo Evolución Psiquiátrica, una corriente renovadora de la psiquiatría francesa, los

psiquiatras más jóvenes subrayaban el riesgo de derrotismo terapéutico que se derivaba del concepto de perversión instintiva (Henri Ey, Pierre Mâle, Gilbert Robin), pero la mayoría admitían que el perverso natural, el perverso innato de Dupré, existía, aunque fuera relativamente raro, y pensaban que era inaccesible a la reeducación y a la psicoterapia.

Al producirse la Liberación, estos psiquiatras progresistas se apoyaron en el psicoanálisis y la psicología genética de Wallon para intentar salir de este constitucionalismo asfixiante. Veían el campo de la infancia y de la adolescencia como el terreno ideal para promover un enfoque centrado en la historia y el desarrollo afectivo, una «clínica total» del sujeto en su entorno vital. Los desarrollos institucionales Infancia Inadaptada y Educación Vigilada fueron la traducción directa de ello.

Aunque estos tres grandes grupos cuyo retrato acabo de esbozar —psicoanalistas, psiquiatras y psicólogos—, discrepaban en muchas cosas, que podían ser teóricas, metodológicas o corporativistas, los tres convergían esencialmente en la práctica. La causa de la infancia desdichada o culpable, desde entonces designada como «inadaptada» (Lagache, 1948), se reveló como aglutinante, igual que lo había hecho durante la guerra (Chauvière, 1980). Se trataba de devolver al niño el derecho a la educación y socialización del que se le había privado, bien por sus carencias familiares, bien por la guerra misma. A partir de 1946, las instituciones más significativas de esta dinámica fueron: en el hospital Henri Rousselle, el centro de orientación infanto-juvenil de Pierre Mâle y el laboratorio de psicobiología del niño de Wallon; en el instituto Claude Bernard, el primer centro psicopedagógico, donde volvemos a encontrar al «clan de los analizados de Laforgue» (Françoise Dolto, André Berge, Georges Mauco, Juliette Favez-Boutonier), pero también a jóvenes psicólogos (Didier Anzieu et Mireille Monod) que introdujeron en él el psicodrama, una psicoterapia de grupo muy adaptada a los adolescentes; Educación Vigilada, donde trabajaban orientadores y psicólogos (por ejemplo, Guy Sinoir) y un psiquiatra psicoanalítico (Pierre Mâle); y, por último, la Escuela de Padres y Educadores, donde colaboraban todos.

## LA ESCUELA DE PADRES Y EDUCADORES

Esta institución fue fundada en 1929 por una dama de la alta burguesía, Madame Vérine, para instruir a los padres y ayudarlos en su tarea educativa. Uno de los factores que impulsaron esta creación fue la guerra escolar que enfrentó a los partidarios de la escuela confesional y a los republicanos en torno al proyecto de una escuela única. El otro factor fue el considerable desarrollo, a lo largo de los años 1920 y 1930, de la psicología del niño y del psicoanálisis. Comenzó entonces a extenderse la idea de que las actitudes de los padres y sus errores educativos podían provocar en el niño trastornos del carácter y de la personalidad. Era la transcripción moderna de una imagen

persistente del pensamiento pedagógico, que, de Montaigne a Rousseau, estigmatizaba a los padres como educadores mediocres y de hecho, en el mejor de los casos, como aliados silenciosos (en el peor, como estorbos). El combate librado por Mme. Vérine era a la vez progresista y reaccionario, y se basaba en la convicción de que el alma del niño y su educación moral concernían a la familia, no a la escuela de la República. Sus dos grandes «caballos de batalla» eran la cuestión de la orientación escolar y la de la educación sexual (Ohayon, 2000). La posición social de los primeros miembros de la nueva institución ponía bien de manifiesto su anclaje en la burguesía católica, natalista y patriota, de acuerdo con un abanico que iba desde los cristianos sociales hasta la derecha del partido Acción Francesa, representada por Charles Maurras. En sus comienzos, la escuela tenía dos vocaciones: en primer lugar, hacer penetrar en los espíritus la idea misma de la educación de los padres, lo que se traduciría en actividades de propaganda: congresos, folletos, charlas educativas, emisiones de radio...; luego, diseñar y difundir esta educación.

La primera de estas vocaciones es la que predominó en la fase inicial de existencia de la asociación (1929-1939) y le confirió un carácter didáctico y militante. En cuanto a la segunda, presentaba de entrada una forma original, ya que el principal vehículo de la formación era el grupo. La escuela comprendía dos círculos: el de los hombres y mujeres eminentes, entendidos las en cuestiones educativas, bien como profesionales (educadores, sacerdotes, psicólogos), bien como padres, que se hallaban en el centro del dispositivo; el segundo círculo estaba compuesto por jóvenes padres agrupados en torno a alguno de los miembros del primer círculo. Estamos aquí en el núcleo de un modelo comunitario concebido por católicos progresistas (Jacques Maritain, Emmanuel Mounier) y por pioneros del trabajo social, que será uno de los pilares de la psicología de los grupos veinte años más tarde. Este movimiento pretendía ser una cooperativa de ideas de educadores y padres que aspiraba a salvar el abismo de incompreensión supuestamente existente entre ellos. El acento se ponía siempre en la formación del «rearme moral» de la juventud y en la educación de «los sentidos y el sentimiento» (entendiendo por ello la educación sexual). Las referencias teóricas principales eran Maria Montessori, Alfred Adler y Freud. La doctrina freudiana, sin embargo, la presentaban con muchas precauciones un joven escritor, André Berge, apasionado del psicoanálisis, y los pioneros del psicoanálisis en Francia: René Laforgue, René Allendy, Edouard Pichon. Las obras principales de referencia eran tres: *L'enfant sans défauts* [El niño sin defectos], del alienista Gilbert Robin (Flammarion, 1930); *Le développement psychique de l'enfant et de l'adolescent* [El desarrollo psíquico del niño y el adolescente] (Masson, 1939), de Pichon; y *Education familiale* [La educación familiar], de André Berge. La tesis de Robin, por entonces discípulo de Georges Heuyer, era que el niño no tenía defectos en el sentido trivial del término (ladrón, mentiroso, perezoso). O estaba enfermo o estaba mal educado. Si estaba

enfermo, era al médico a quien correspondía cuidarlo. Si no, seguía planteada la cuestión crucial: ¿Qué es un niño bien educado? En este punto, los participantes en la escuela de padres lo tenían claro: sana autoridad, firmeza moral, educación con el ejemplo, respeto a los valores cristianos. Robin, como médico, se dedicó sobre todo al primer término de la alternativa, pero subrayaba sin embargo los estrechos lazos que unían los planos físico, psíquico y moral, así como la responsabilidad de los padres, tan poco dotados para hacer posible este niño sin defectos. En cuanto al libro del pediatra Edouard Pichon, en la parte dedicada a la educación se podía encontrar una curiosa mezcla de ideas innovadoras y de postulados tradicionalistas, como sucedería también con su discípula Françoise Marette (futura Dolto). Pichon afirmaba que el niño era un ser completo, y que el primer deber de los padres era garantizarle una infancia tranquila y feliz, que los bebés no eran cositas inconscientes, que había que hablarles con frases naturales y correctas, pero también que el trabajo de las mujeres casadas fuera del hogar conyugal era tan perjudicial para el niño como el divorcio. Por último, en 1936, André Berge, en *Education familiale*, volvía a poner en cuestión «el complaciente dogma de la infalibilidad de los procreadores». No existía el padre competente por naturaleza como tampoco existía el hombre bueno por naturaleza, y el educador debía aceptar que tenía que educarse a sí mismo.

Puede advertirse bien el giro que se operó a partir de estas consideraciones. Se impuso la idea de que la buena voluntad, el tacto y la intuición no eran armas suficientes para el educador, y que éste debía dotarse de una sólida formación psicológica. Esta tendencia se intensificó al producirse la Liberación, cuando el amateurismo militante de las «damas de la caridad», incluso las cultivadas como Mme. Vérine, dejó paso a un creciente profesionalismo. El acento se puso ahora en los métodos no didácticos, en los grupos de discusión libres, más propicios a un cambio a fondo de las actitudes educativas. La escuela perdió su carácter confesional y dejó de ser exclusivamente parisina. En 1949 se dotó de una revista mensual, *L'école des parents* [La escuela de padres], que publicaba las conferencias pronunciadas en la facultad de medicina por especialistas, pedagogos en su mayor parte discípulos de Wallon, psicólogos, médicos y psicoanalistas. Hasta este periodo no se produjo, bajo el impulso de Georges Heuyer, la síntesis deseada por Vérine entre el psicoanálisis, la psiquiatría, la psicología y la pedagogía. Ello no obstante, seguían planteadas viejas cuestiones aún por resolver: la del riesgo de intromisión de los expertos en la esfera privada de las familias, la de la evaluación del impacto real de este tipo de formación, y la recurrente de la dificultad e incluso imposibilidad de llegar a las clases populares y a las familias rurales. Porque en definitiva, a comienzos de los años 1960, el público de la Escuela de Padres, aunque más amplio, seguía siendo idéntico al de sus inicios: una élite de padres cultivados, solícitos e inteligentes, pertenecientes a las clases medias y altas.

## LA ADOLESCENCIA: ¿CRISIS FAMILIAR, INDIVIDUAL O SOCIAL?

La adolescencia se ha podido considerar, según Anna Freud, como «la Cenicienta del psicoanálisis» (Freud, A., 1958). En efecto, hasta prácticamente principios de los años 1960 no se convirtió en objeto de investigaciones científicas concretas. La noción misma se hallaba ausente del corpus freudiano, donde no hacía más que una fugaz aparición en el texto «Sobre la psicología del colegial», que data de 1914. Tan sólo se tomaba en consideración la pubertad, que se concebía y analizaba como una repetición de los procesos pulsionales infantiles, en particular los del periodo edípico, que daría su forma última, genital, a constelaciones más arcaicas y marcaría así el final de la infancia. La noción de crisis de la adolescencia no pertenecía tampoco al vocabulario del psicoanálisis, y cuando apareció en escritos franceses se recogió en los trabajos de Maurice Debesse. En los años 1930, el debate se basaba en la posibilidad de una educación psicoanalítica y sus modalidades, pero al hilo de las primeras experiencias pedagógicas, la ilusión cientificista y el ideal de control que habían contemplado los educadores inspirándose en el psicoanálisis habían desaparecido. Sin embargo, la guerra multiplicó las situaciones críticas de miles de jóvenes que no podían considerarse por ello, sin embargo, como neuróticos o enfermos. La respuesta preferente a estos problemas sería una psicopedagogía de orientación psicoanalítica, inspirada en los trabajos realizados en Londres por Anna Freud y Dorothy Burlingham en la Hampstead Clinic. Esta psicopedagogía psicoanalítica se encarnaría en instituciones como los centros psicopedagógicos, los centros de orientación infantil, la Escuela de padres y educadores, y la Educación vigilada. La mayor parte de los analistas que trabajaban en estas instituciones (André Berge, Françoise Dolto, Juliette Favez-Boutonier) se había formado con el pionero del grupo freudiano francés, René Laforgue, para quien el psicoanálisis debía ser ante todo una psicopedagogía. Estos analistas participaron muy poco en los debates que mantuvieron los psicopedagogos austriacos y suizos (August Aichhorn, Siegfried Bernfeld, Hans Zulliger...) sobre la posibilidad y los límites de una educación psicoanalítica. Permanecieron al margen de las grandes controversias que enfrentaron a Anna Freud y Melanie Klein, y hasta entonces su práctica no se orientaba en esa dirección. Este periodo estuvo marcado por el espíritu de la Liberación, que hizo posibles alianzas inesperadas, tanto en el plano político (entre comunistas y gaullistas) como en el profesional (por la causa unificadora de la infancia y la adolescencia). Así, pues, la cuestión de la adolescencia movilizó a cuatro sectores: el médico, el pedagógico, el psicológico y el social, en torno a los cuales se agruparon sus distintos actores. El psicoanalista Daniel Lagache intentó reunirlos bajo la bandera de la psicología clínica. El objeto de sus investigaciones no era la juventud, como sucedería con los sociólogos de la década siguiente (Ohayon, 2005), sino la adolescencia normal o inadaptada, con la noción de crisis como noción central. Pero, ¿de qué crisis se trataba? ¿De una



crisis del sujeto, de la familia, o de la sociedad? ¿Era una crisis normal o patológica? Al constatar la enorme variedad de comportamientos y todas las dimensiones (fisiológicas, psicológicas, culturales y sociales) que afectaban a estos temas, los investigadores llegaron a preguntarse si se podía agrupar todo ello bajo una misma categoría: la adolescencia. Se preguntaron por las causas de las dificultades de los jóvenes, por su sentido y por los remedios que se podrían aportar para ellas. Son algunas de estas investigaciones lo que quisiera presentar ahora.

En 1937, Maurice Debesse, discípulo del gran psicólogo de la infancia Henri Wallon, defendió su tesis sobre *La crise d'originalité juvenile* [La crisis de originalidad juvenil] (Debesse, 1941).

Desde el punto de vista genético, dos concepciones se oponían por entonces entre los psicólogos. Para unos, la evolución no era un continuo regular, sino que estaba pautada por periodos de perturbación, en los que se producían cambios importantes, que alternaban con periodos más tranquilos. Esta era la concepción de Wallon, de Charlotte Bühler, y también de los psicoanalistas. Es la que adoptaría Debesse. Para los demás, en cambio, el crecimiento era continuo; no sin dificultades, ciertamente, pero sin ruptura. Era el punto de vista adoptado por los anglosajones (Leonard Carmichael, Arnold Gesell), pero también por Alfred Binet y Jean Piaget. Según esta acepción, la adolescencia era una continuación de los progresos anteriores. Debesse precisó los términos que había elegido: adolescencia le parecía preferible a pubertad, demasiado estricto, y a juventud, demasiado vago. Él la concebía como un paso del estado de infancia al de adultez, y no como un grupo social con características propias. La palabra «crisis» remitía a un estado de perturbación profunda (el «Sturm und Drang» de los románticos alemanes) o de conflictos agudos y repentinos. Poseía connotaciones dramáticas, incluso temibles, ya que en griego «krisis» designa, en un proceso, el momento de la sentencia, en el que todo está en juego. En cuanto a la originalidad juvenil, él la había observado en la población utilizada en su investigación: alumnos de escuela normal de maestros de la región parisina, es decir, jóvenes de origen modesto que seguían largos estudios. Estos sujetos presentaban un comportamiento oposicional, y mostraban la necesidad de afirmarse de las formas más descabelladas. Debesse precisó que esta crisis de originalidad juvenil era característica de lo que él llamaba «un tipo de desarrollo revolucionario», frecuente en los alumnos de secundaria y estudiantes, opuesto al rectilíneo de los aprendices, por otra parte muy poco estudiados.

Veinte años después de esta tesis, en un número especial de la revista *Enfance* dedicado a la adolescencia (en 1958), Debesse volvía sobre sus trabajos y los ponía en entredicho. La noción de crisis de adolescencia le parecía ahora, mucho más que antes, relativa al sexo, a la clase social y a la civilización. Los trabajos de antropología cultural eran por entonces muy conocidos y divulgados en Francia, en particular los de Margaret Mead (Mead, 1928), que tendían a demostrar que en ciertas culturas

no hay ni tormenta, ni crisis, ni ruptura, ni siquiera adolescencia propiamente dicha. Además, la crisis que él describía en 1937 correspondía a una época determinada que ya no era la de los adolescentes de 1958, los discípulos de James Dean, los «rebeldes sin causa». Se trataba, pues, de fenómenos que dependían estrechamente de las circunstancias históricas que les habían visto nacer. El otro factor que hizo evolucionar a Debesse fue la difusión del psicoanálisis. Para éste, en efecto, el conflicto se hallaba en el centro de la vida psíquica, y no se concretaba en ningún periodo en particular. La adolescencia, pues, era un episodio de la vida psíquica que permitía al sujeto hallar su lugar en el orden sexual, en el grupo y en la sociedad. No se podía hablar en realidad de crisis sino cuando al conflicto consigo mismo se añadía el conflicto con el mundo exterior, lo que se correspondía con la noción de inadaptación tal como la definía Lagache: «Es inadaptado un niño, un adolescente o, más exactamente, un joven de menos de veinte años, a quien la insuficiencia de sus aptitudes o los defectos de su carácter ponen en prolongado conflicto con la realidad y las exigencias de su entorno conforme a su edad y a su medio social» (Lagache, 1948). En esta formulación se perfilaba, sobre el modelo de la Psicología del Yo americana, la reducción de los problemas del desarrollo psíquico de los adolescentes a una adaptación al orden social que convertía a los inadaptados en jóvenes revolucionarios. La crisis de originalidad juvenil adquiriría así un doble sentido. En el plano individual, marcaba la dificultad de un sujeto para vivir una experiencia penosa y angustiosa. En el plano social, marcaba la pertenencia a una sociedad en la cual la complejidad o indefinición de las reglas sociales exasperaba y perturbaba el sentimiento del Yo. Esta es la problemática que desarrolló Maryse Choisy de un modo algo distinto.

En 1954, Maryse Choisy, periodista y psicoanalista, discípula de René Laforgue publicó *Problèmes sexuels de l'adolescence* [Problemas sexuales de la adolescencia]. Esta obra, dirigida a las familias burguesas ilustradas, se enmarcaba en un movimiento de educación familiar próximo a la Escuela de Padres. La autora fue una de las primeras en seguir el consejo de su maestro Laforgue de difundir el psicoanálisis fuera de los círculos especializados, hacerlo «bajar a la calle». <sup>1</sup> Como buena divulgadora, encontraba títulos atrayentes: «Me duele mi madre», para el capítulo sobre el amor; «Me duele mi padre», para el que trata sobre la autoridad; «El aburrimiento entre el amor y la guerra», para describir a la generación de adolescentes de 1954. Habían sido niños durante la guerra, un período sumamente emocionante y perturbador, al igual que el de la Liberación. A partir de entonces, en ese espacio intermedio entre la guerra y la paz que paralizaba a occidente, la guerra fría, los adolescentes se aburrían. Un capítulo particularmente significativo de esta obra se vuelve sobre «el

1. Después vendrán Měníe Grégoire y Françoise Dolto, también ellas formadas con René Laforgue.

asunto de los J3<sup>2</sup>-de Melun». Este suceso había dado grandes titulares a la prensa en 1951, y había conmocionado a la opinión pública. En diciembre de 1948, un escolar había matado a uno de sus compañeros disparándole un tiro por la espalda con un arma de servicio prestada amablemente por el hijo de un policía que se la había robado a su padre. Este era el análisis que Maryse Choisy hacía de ello: «Siempre ha habido menores delincuentes, pero, hasta ahora, raramente entre hijos de familia. Que el robo se produzca a las puertas de Janson-de-Sailly<sup>3</sup> da que pensar a los padres» (Choisy, 1954, p.165). En este caso no se trataba sólo de un robo, sino de un crimen cuya eficacia y sangre fría asombraron a los adultos. Como la mayor parte de los comentaristas, Maryse Choisy sentaba en el banquillo a la época que había dado lugar a esta generación desequilibrada por la guerra, el mercado negro, la ocupación y, finalmente, el existencialismo<sup>4</sup>. Si la moral de los adolescentes se había degradado era porque se había erigido durante la guerra, en un tiempo en que matar, robar y traficar con armas, daba prestigio. Por eso, a juicio de Maryse Choisy, se había llamado a estos adolescentes los «J3»: hacía mucho tiempo que los vales de racionamiento habían desaparecido, pero seguían siendo el símbolo de la confusión de los valores propios del periodo de la ocupación. Al volver la paz, al verse ante el ideal materialista de sus padres, es decir, ante ningún ideal en absoluto, no les había quedado más que la fascinación por la marginación y el crimen.

Se ve aquí hasta qué punto las preocupaciones habían evolucionado después de la guerra. Los pioneros de la psicopedagogía familiar estaban obsesionados por la cuestión de la educación sexual, lo que ya no era en absoluto el caso. Claro que Maryse Choisy, psicoanalista y católica, lanzaba alguna pulla de pasada a Marie Bonaparte y Françoise Dolto, que «consideran que hay que dejar al niño masturbarse todo lo que quiera, que todo eso es normal, que la masturbación, lejos de ser nociva, proporciona una relajación nerviosa saludable» (ibíd. p.55), pero se advierte claramente que esta preocupación había pasado a segundo plano en comparación con la pérdida de referencias morales. Maryse Choisy, por lo demás, no proponía más solución que restaurar la autoridad familiar, la de los padres, y los valores tradicionales de justicia, honradez y respeto del otro. Pero, al final de su reflexión, se preguntaba: ¿no será ya demasiado tarde? Estaba apareciendo un nuevo concepto, el de «crisis de la familia». Ella será la responsable de

2. J3 fue el término utilizado durante la guerra para designar a los adolescentes y las raciones a que tenían derecho en los vales de racionamiento alimentario.
3. Se trata de un gran instituto parisiense.
4. En *L'Humanité* del 9 de mayo de 1951 puede leerse: «En este asunto hay un crimen y muchos criminales. Hay los libros malsanos, los periódicos asesinos y las películas de gánsteres. Hay toda una literatura odiosa. Hay la moral del poli y la de Jean Paul Sartre, que son lo mismo».

la dificultad de los adolescentes para ingresar en la vida, para estructurarse, y de que busquen refugio en lo imaginario y en el calor del grupo, de la pandilla.

En 1962, ante los jueces de niños del centro de educación vigilada de Vaucresson, Daniel Lagache pronunció una conferencia titulada «El siglo del niño y el niño del siglo». El título contenía una doble alusión: a Alfred de Musset (*La confession d'un enfant du siècle* [La confesión de un hijo del siglo]), pero también a la obra de la pedagoga sueca Ellen Key: *El siglo del niño*, aparecido precisamente a comienzos del siglo veinte, y que Edouard Claparède había citado en una frase que se hizo famosa: «El siglo que empieza será el siglo del niño». Lagache cuestionaba las modificaciones psicológicas y sociológicas de la familia con el fin de entender el sentido de la delincuencia juvenil contemporánea (eran los inicios del fenómeno de los «blousons noirs» –gamberros–, aparecidos tras los «blousons dorés» –niños de papá delincuentes– que había evocado Maryse Choisy). Lagache, que era médico psiquiatra y psicoanalista, recordaba que hacía treinta años, a partir del modelo constitucionalista de Ernest Dupré, la delincuencia se definía por los aspectos siguientes: la mentira, la mitomanía, el robo, la fuga, el vagabundeo (y la prostitución en las chicas). Empezaba por cuestionar las estadísticas, que anunciaban, una vez más, un aumento vertical de esta última. Se preguntaba si no sería más bien que la delincuencia juvenil resultaba más visible al ser objeto de una mayor preocupación y de un control social más atento en cuanto a su prevención y reeducación. Desde esta perspectiva, eran las condiciones históricas y sociales de la aparición de este fenómeno las que había que tener principalmente en cuenta. El siglo veinte, en gran parte gracias al psicoanálisis y a la psicología del niño, se había caracterizado por la crítica a los métodos educativos autoritarios y por el esfuerzo para adaptarlos a las necesidades y posibilidades del niño. La evolución del estatus de la mujer y del niño habían tenido como corolario la disminución de la autoridad en su forma tradicional, lo que ya había analizado Jacques Lacan en 1938, en su artículo de *La Enciclopedia francesa*, con el nombre «declive de la imago paterna» (Lacan, 1938). Pero este declive de la autoridad y este aumento de los conocimientos de la psicología del niño no habían hecho la vida más fácil ni a unos ni a otros. Un mito había reemplazado a otro: el de la juventud había sustituido al de la edad madura, que era garantía de prudencia y estabilidad. Había que mantenerse joven y apuesto, y ser padres-colegas. Este mito se basaba en una representación del adulto que habría matado, abolido, al niño y al adolescente que hubiera en él. Se producía entonces una difuminación de la noción de generación, que quedaba reducida a una brutal oposición entre jóvenes y viejos. Volviendo a la crisis de la familia, señalada como responsable principal de la delincuencia juvenil, Lagache recordaba a los jueces hasta qué punto tener un «niño con problemas» constituía una herida narcisista para los padres. Lo nuevo era que los padres, que eran los acusados en un principio, se acusaban ahora ellos mismos espontáneamente por influencia de la psicopedagogía popular. Lagache

deploraba esta evolución que tendía a quitar responsabilidad a los adolescentes. Ya no se les censuraba ni se les castigaba; se tomaba partido por ellos y se reducía sus trastornos a los efectos de su historia y de los errores educativos de sus padres. «La censura a los padres se ha hecho patente y sistemática. Aunque son muy loables las intenciones que animan organizaciones como la Escuela de Padres o prácticas como los grupos de padres, estas novedades son asimismo testimonio del cambio producido en el estatus de los padres. En sus formas extremas y por eso mismo más instructivas, la relación de poder entre padres e hijos se ha vuelto del revés» (Lagache, 1984, p.173). En apoyo de su tesis citaba un artículo de la psicoanalista británica Melitta Schmideberg,<sup>5</sup> en el que ésta desarrollaba la idea de que los padres se habían convertido en niños grandes. En cuanto a los adolescentes, tiranos domésticos, reinaban en un reino confuso y hecho añicos, y a veces tenían que convertirse en padres de sus propios padres.

No eran sólo los psicoanalistas quienes se hacían estas preguntas. En 1966, la semana de pensamiento marxista de Bruselas trató sobre «¿Juventud difícil o sociedad culpable?», retomando la cuestión planteada por el psiquiatra Louis Le Guillant en *Jeunes difficiles ou temps difficiles?* [¿Jóvenes difíciles o tiempos difíciles?] (Le Guillant, 1961). Entre la dramatización periodística y comercial del mal comportamiento de la juventud y el optimismo beatífico que convertía a los adolescentes el germen de una sociedad nueva, estos investigadores y profesionales de los años 1960 intentaban dar a cada cosa lo suyo. Pretendían además entender y ayudar, y no siempre lo lograban por dos razones: la primera tenía que ver con el objeto mismo de su solicitud, que se empeñaba en hacerla fracasar. La otra tenía que ver con las contradicciones sociales entre el joven, la familia y la sociedad, sobre las cuales no les quedaba más remedio que reconocer que no tenían mucho control. Estas contradicciones no tardaría en saltarles a la cara en mayo de 1968.

Abordaré ahora la trayectoria de dos mujeres que, como Maryse Choisy, realizaron el deseo de su maestro René Laforgue de «ver bajar el psicoanálisis a la calle» (a riesgo, por lo demás, de prostituirlo) utilizando los nuevos medios de comunicación.

## LOS AÑOS 1960 Y 1970: EL PSICOANÁLISIS BAJA A LA CALLE

En 1967, una periodista de la prensa femenina, Ménie Grégoire, leyó por la emisora de una radio privada, RTL (Radio Télé Luxembourg), una carta enviada por una lectora de la revista *Elle*, que aludía a la frigidez femenina.<sup>6</sup> La centralita telefónica se colapsó, y el fenómeno duraría quince años. De 1967 a 1981, Ménie Grégoire recibió

5. Schmideberg, M. (1948). Parents as children. *The Psychiatric Quarterly Supplement*, 22. Schmideberg era la hija de Mélanie Klein, y profesaba a su madre un odio mortal.

6. El artículo de *Elle* se titulaba «Una de cada dos mujeres no conoce el amor».

cerca de 100.000 cartas, y 16.000 personas pasaron por su programa, diario a partir de entonces, para hablar con ella. Esta mujer se convertiría en un mito nacional, al igual que el general De Gaulle o Brigitte Bardot, y transformaría el mundo radiofónico y la vida de sus contemporáneas. Pero, ¿quién era?

Ménie Grégoire nació en 1921 en una familia de la burguesía vandeana laica.<sup>7</sup> Terminados sus estudios secundarios en 1938, marchó a París, donde se licenció en Historia. Se casó en 1943 con Roger Grégoire, un alto funcionario gaullista que se convertiría en consejero de estado y fundaría, con Michel Debré, la ENA (Escuela Nacional de la Administración). Después de diez años de vida de esposa y madre, se convirtió en periodista de las revistas *Elle* y *Marie Claire*. Como para muchas mujeres de su generación, la lectura de *Le Deuxième Sexe* [El segundo sexo] de Simone de Beauvoir en 1949, le supuso una conmoción. A partir de entonces no cesará ya de militar a favor de la contracepción y de la autonomía de las mujeres por el trabajo. Sin ser tan radical como Beauvoir, afirmó en su primera obra (Grégoire, 1964) que la maternidad no era una necesidad, ni un consuelo, ni menos aún una terapia, sino una responsabilidad. En cuanto a las nuevas mujeres, no querían ser ni hombres ni adornos; querían simplemente tener su lugar. «Ser hombre es un hecho; ser mujer es un programa», afirmó.

Cuando comenzó su programa de radio en 1967, la sociedad francesa estaba aún muy bloqueada; desde el punto de vista del lenguaje íntimo, el mundo era muy diferente del que conocemos hoy. En la mayor parte de las familias todo estaba prohibido, nada se podía preguntar. Y de pronto, en la radio, se podía decir todo a una desconocida «como si se estuviese en un confesionario o en el diván de un psicoanalista» (Grégoire, 1971). Ménie Grégoire daba la palabra a los que no la había tenido nunca, las mujeres, los jóvenes, también a algunos hombres. Su público era sobre todo femenino. Desde el punto de vista sociológico, pertenecía a una clase media en ascenso que vivía en urbanizaciones y en las afueras. Era un público más popular que el de Françoise Dolto. El enorme impacto de estos programas se vio como la estruendosa irrupción de Freud en los hogares humildes. «Al principio –confesó–, cuando la gente me llamaba, yo no sabía en absoluto lo que esperaba de mí. Tampoco ellos lo sabían, por otra parte... así que adopté una actitud analítica» (Grégoire, 1975). Grégoire no era neófita en la materia. Había hecho primero un breve análisis con Sacha Nacht; después, de 1961 a 1962, con René Laforgue (es decir, hasta la muerte de este último); luego, durante 4 años, con una psicoanalista de la que no mencionó el nombre; por último, un análisis de control con Bela Grunberger. Laforgue, igual que había hecho con Maryse Choisy, le confió una misión: «Sabe usted hacer comprender, comunicar, transmitir. Y hace

7. El hecho es digno de señalarse, porque la Vendée es una tierra católica.

falta que todo el mundo comprenda; todos los que, por poco que sea, tienen a otros a su cargo: los maestros, los padres, todos deben saber. Es preciso que la psicología freudiana salga de su gueto». Y añadía ella: «Yo me aferré a esta voz cuando se me acusó de vulgarizar» (Grégoire, 1976, p. 239). Así es como concebía su papel: hablaba poco, escuchaba y apoyaba, y sólo daba pocos consejos. Era compasiva y no permanecía nunca ajena al sufrimiento de quienes la llamaban. Estimulaba en sus oyentes la práctica de la introspección por identificación con los casos emitidos en el programa, pero también las discusiones en el seno de la pareja y la familia. Los jóvenes que acudían a ella estaban preocupados sobre todo por el amor (¿Cómo se besa? ¿Puede una quedarse embarazada sólo por besarse?). Reivindicaban fundamentalmente la libertad, pero la temían tanto como la ansiaban. Se quejaban del abismo de incompreensión que existía entre ellos y sus padres. Los casos que ella decidía difundir por las ondas tenían que ver casi siempre con situaciones triviales, pero a veces se abordaban temas más graves, que eran incluso todavía tabú: incesto, violencia familiar, homosexualidad. Las reacciones no se hicieron esperar. En diciembre de 1968, la Junta del Colegio de Médicos pidió que se prohibiera su programa y «toda forma de psicoterapia por la radio».<sup>8</sup> Esta orden incluía también al programa rival «¡SOS, Psicoanalista! El Dr. X», que se emitía por la cadena Europe N°1 (volveré sobre ello a propósito de Françoise Dolto). El director de la RTL se resistió a obedecerla y, después de una auténtica avalancha de correspondencia de apoyo, mantuvo el programa, en tanto que el de Dolto se suprimía.

Aunque Ménie Grégoire negase siempre que hiciera psicoterapia, las acusaciones no cesaron. El mundo intelectual le reprochaba su pertenencia a la burguesía, su condición de estrella, que le impedía compartir la experiencia de la gente corriente, su paternalismo para con las clases populares, que la hacía partícipe de la ocultación y reproducción de las relaciones sociales de clase. Se reconocen aquí los argumentos típicos del periodo que siguió a mayo de 1968: antes de esos acontecimientos, ella era progresista; después, se la convertiría en reaccionaria. Pero era sobre todo de los psicoanalistas de donde venían los ataques más violentos: inconsistencia terapéutica, dirigismo, impostura del recurso al psicoanálisis, carácter incontrolado y peligroso de sus interpretaciones, no había términos lo bastante duros para condenar lo que hacía. Cuando Françoise Dolto se lanzó a una aventura del mismo tipo, sufrió ataques bastante parecidos, con la diferencia que ella era analista, mientras que Ménie Grégoire no lo era. Esta situación habría debido acercarlas, pero no fue así.<sup>9</sup> No por ello es menos cierto que este primer momento de extensión del ámbito de la «vulgarización psi» acompañó y respaldó las profundas transformaciones producidas en la esfera familiar en los años

8. Brincourt, A. (1968). Radio Strip-tease. *Le Figaro*, 28/12; y Caviglioli, F. (1968). ¿Quiere usted sufrir conmigo? *Le Nouvel Observateur*, 152, 8/05.

9. Entrevista con Ménie Grégoire.

1960 y 1970: la mayor autonomía de los jóvenes, la separación de la vinculación entre procreación y sexualidad, la incertidumbre sobre la duración del vínculo conyugal y el debilitamiento de los controles externos a la célula familiar (iglesia, suegros). Anunciaba asimismo las transformaciones no menos profundas del universo mediático, hasta la tele-realidad de los años 1980.

Un poco más tarde que Měníe Grégoire, Françoise Dolto se convertía también en un mito nacional, gracias a su programa en France Inter «Cuando aparece el niño». Pero mientras que Měníe encarnaba a la hermana o la amiga en la que se confía, es más bien como «abuela del psicoanálisis» como Françoise Dolto se encontrará con el gran público. Hasta 1971, fecha de la publicación en Seuil de su tesis *Le cas Dominique* [El caso Dominique] se la conocía sobre todo en el estrecho círculo del psicoanálisis francófono, y sólo en los últimos años de su vida se convertiría en la portavoz de la causa de los niños. A su muerte en 1988, se saludó unánime y emocionadamente a la gran dama del psicoanálisis francés, quien supo mejor que nadie compartir con todos, padres y educadores, su escucha apasionada del lenguaje de los niños. Me ocuparé brevemente de su trayectoria, muy conocida y popularizada a través de los múltiples testimonios autobiográficos que quiso dejar,<sup>10</sup> pero aún poco estudiada históricamente.

Nació el 6 de noviembre de 1908 en una familia burguesa parisiense, católica y tradicionalista. Sus relatos de vida configuraron la imagen heroica de una mujer libre que renunció a su destino burgués para convertirse en una reconocida profesional de la clínica. Tres figuras marcaron su formación intelectual y profesional: René Laforgue, Edouard Pichon y Sophie Morgenstern. Empezaremos por el más importante para ella, René Laforgue. Cuando Françoise Murette comenzó su análisis con él en 1934, este alsaciano era un profesional de moda, con fama de genial pero también de arribista, muy interesado en el dinero. Con ella, sin embargo, se mostrará generoso, bajando sus tarifas e incluso consiguiendo para ella una ayuda de la princesa Marie Bonaparte, que acababa de fundar entonces el Instituto de Psicoanálisis. El tratamiento durará tres años, que era bastante tiempo para la época. Françoise Dolto, que tanto se extendió sobre ciertos momentos de su vida, habló de este bastante poco, salvo para decir que no había entendido nada y que, sin embargo, Laforgue la había ayudado mucho al sugerirle que plantase cara a su madre. De ello, sin embargo, conservaría un sentimiento de inacabamiento que la llevaría a hacer varios análisis de control con nombres muy grandes del psicoanálisis: Hans Hartmann, Angel Garma, René Spitz, Rudolph Loewenstein y también Sophie Morgenstern para el trabajo con niños. Con esta última se formará particularmente en el análisis del dibujo de los niños a raíz de su estancia

10. Por ejemplo, *Enfances* [Infancias]. Paris: Seuil, 1986; y *Autoportrait d'une psychanalyste 1934-1988* [Autorretrato de una psicoanalista, 1934-1988]. Paris: Seuil, 1989.



como externa en la clínica de psiquiatría infantil del Dr. Heuyer, pero hasta muy tarde no reconocería su deuda con ella (Dolto, 1998). El tercer maestro de la joven fue, por último, un personaje pintoresco: Édouard Pichon, pediatra, psicoanalista y gramático, era un católico tradicionalista, partidario de la pena de muerte. No tenía en realidad el perfil de un adepto a la doctrina freudiana, supuestamente subversiva y atea. Y fue sin embargo en su servicio del hospital Bretonneau donde la joven interna aprendería a hablar a los bebés y se convertiría en la especialista de los pequeños que se hacen «pipí en la cama» y los lactantes que vomitan. Tras la muerte de Pichon, Françoise Dolto se hizo cargo de una consulta en el hospital Trousseau que mantendría hasta 1978. Esta consulta era pública y muchos jóvenes analistas acudían a ella para observar fascinados su singular técnica e intentar formarse. Trabajó también en el primer Centro psicopedagógico del liceo Claude Bernard. Estaba surgiendo un nuevo paradigma que ella contribuyó a difundir con su colega Maud Mannoni: si el niño no tenía éxito en la escuela no era porque fuese tonto, sino porque sufría. Ayudarle a descubrir la causa de este sufrimiento le permitía eliminar la inhibición escolar. De 1941 a 1971 escribió numerosos artículos, muchos de ellos en la prensa femenina (*Elle*), católica (*Les études carmélitaines*) y psicopedagógica (*L'école des parents, L'enfant et nous*), siguiendo en esto el camino señalado por Laforgue de ampliar el campo de penetración del psicoanálisis.

Desde 1950, Françoise Dolto participó —con un pedagogo, un médico y un sacerdote— en una serie de programas de la radiodifusión francesa sobre la educación sexual de los niños. Sus intervenciones provocaron abundante correspondencia y amplios extractos en la prensa femenina. En 1969 tomó de nuevo la palabra en un programa semanal: «¡SOS, psicoanalista!» El título era desafortunado, porque comparaba al psicoanalista con un socorrista o un bombero. Dolto hablaba con un seudónimo, Dr. X, y respondía en directo a las preguntas de los niños y adolescentes (¡tres minutos para cada pregunta!). Como sucedió con Ménie Grégoire, el éxito y el escándalo se dieron cita en el programa. La escuela de padres, con la que había trabajado muchos años, amenazó con hacer que la diesen de baja en el Colegio de Médicos. En cuanto a los oyentes, a menudo les perturbaban sus consejos y el tono inapelable con que se asestaban. Fin de la experiencia.

En 1976, cuando volvió a la radio para dirigir un programa diario en France Inter, el planteamiento fue muy distinto. Abandonó el directo, y respondía a cartas seleccionadas previamente. A los autores de las cartas que iban a radiarse se les advertía con antelación; los demás recibían una respuesta por escrito. Había dos presentadores, ella misma y un periodista, dado que la educación era asunto de padre y madre. Ella elegía misivas que aludían a situaciones o pequeños problemas de la vida cotidiana: la agresividad, la limpieza, el sueño... Los casos demasiado serios no se emitían, y se les daba respuesta por correo. Danto no quería dárseles de ser poseedora de un saber, sino suscitar reacciones y reflexiones en los oyentes.

Sus respuestas eran una sorprendente mezcla de audacia y conformismo; su discurso era liberador en ciertos aspectos, por ejemplo en relación con la sexualidad de los jóvenes, y muy tradicional en otros, como cuando se refería a los roles familiares: simbólico y socializante el del padre (la Ley del Padre), y alimenticio y protector el de la madre. Según Dolto, lo que ella hacía en la radio no era psicoanálisis sino prevención. A pesar de todas estas precauciones, la hostilidad de sus colegas lacanianos no amainaba: falta de pudor, dispersión, corrupción del psicoanálisis; llovían sobre ella las mismas críticas de que había sido objeto Měníe Grégoire, además de otras más concretas: que confundía el psicoanálisis con los sermones, que eran de una «religiosidad barata lamentable». En efecto, en 1977 confesó su fe católica en un libro, *L'évangile au risque de la psychanalyse* [El evangelio ante el psicoanálisis], que sería muy discutido en la comunidad psicoanalítica. Nada de ello fue obstáculo para el enorme impacto social de este programa, que se difundió en tres libros que llevaban su título: *Lorsque l'enfant paraît* [Cuando aparece el niño] (Dolto, 1987, 1988, 1989), y que se convirtieron en best-sellers de inmediato. Sin embargo, el programa dejaría de emitirse en 1978 porque ella era «demasiado personal». Dolto se sorprendió de ello tanto más cuanto que no se avisó a los oyentes. «Yo hablaba a las nodrizas, a los padres, a las niñeras. Mis consejos no eran tan directivos, eran cosas de sentido común y de comprensión. La gente siguió enviando cartas durante meses». <sup>11</sup>

¿Qué queda hoy de la obra de Françoise Dolto? Indudablemente permanece su visión del niño como una persona por derecho propio, y un ser de lenguaje. Pero, en realidad, los conceptos fundamentales que elaboró no encontraron hueco en el corpus psicoanalítico, y su éxito siguió circunscrito al ámbito franco-francés. Su crítica de la escuela como «fábrica de niños neuróticos» quedó también debilitada cuando la crisis económica incitó a los padres a confiar más en los centros de excelencia que en el pleno desarrollo de la personalidad de sus pequeños. Dolto ha simbolizado los años 1970, en que la contestación social y política se desarrollaba en una sociedad de consumo. A comienzos del siglo XXI, sobre el fondo de una crítica generalizada al psicoanálisis, su herencia ha sido puesta en entredicho. Es verdad que contribuyó a remover las rígidas cortapisas de la educación; pero una vez bien removidas, ¿qué es lo que ha pasado? Lo que ha pasado, según algunos, ha sido la desastrosa transformación del «niño-rey» en «niño-tirano», y la «generación Dolto» (Pleux, 2008), la de esos niños convertidos en adultos, pide cuentas hoy sin contemplaciones a sus educadores por haber aplicado ciegamente su mensaje. La psicoanalista francesa ha sufrido, a mi juicio, una suerte bastante parecida a la del psicólogo americano Carl Rogers: es de buen tono ignorarla,

11. «Françoise Dolto y la radio». Entrevista con Marie-Annick Kipman. *Psychiatrie française*, 2, marzo-abril de 1984.

incluso burlarse de ella; y, sin embargo, muchos profesionales de la infancia se siguen inspirando en ella.

## CONCLUSIÓN

Esta dinámica de vulgarización de lo «psi» en forma de consejos radiofónicos se produjo en un periodo (de 1968 a 1980) en el que el psicoanálisis conoció en Francia una verdadera edad de oro, en gran parte vinculada a la influencia del pensamiento de Jacques Lacan y sus epígonos. No por ello dejó de ser objeto de violentas críticas procedentes, como hemos visto, del interior mismo del campo psicoanalítico, particularmente de los lacanianos. El tema principal de esas críticas era la desnaturalización y difuminación del pensamiento freudiano acerca de la educación (Milot, 1979). Emanaban también de sociólogos críticos próximos a Pierre Bourdieu (Donzelot, 1977; Meyer, 1977), que lo analizaban en términos del fortalecimiento del control social; de modo que, bajo la apariencia liberalizadora, el psicoanálisis desempeñaría en definitiva un papel de mediación entre las aspiraciones individuales y las restricciones sociales, haciendo estas últimas más soportables. Los años 1980, tras la muerte de Lacan, vieron disminuir esta hegemonía del psicoanálisis en el ámbito de la educación, a pesar de que la crisis económica llevó a los padres a preocuparse mucho menos del desarrollo pleno de sus hijos que de su éxito escolar. Cobró entonces importancia creciente un acercamiento a los trastornos psíquicos de la infancia en términos de remedios cognitivos y conductuales, en tanto que la preocupación por la seguridad y la represión primaba sobre el planteamiento reeducativo y humanista que había estructurado el sector de la infancia inadaptada tras la Liberación.

## REFERENCIAS

- Berge, A. (1988). *De l'écriture à la psychanalyse*. Entretiens avec Michel Mathieu. Paris: Clancier-Guénaud.
- Chauvière, M. (1980). *Enfance inadaptée, l'héritage de Vichy*. Paris: Ed. Ouvrières.
- Choisy, M. (1954). *Problèmes sexuels de l'adolescence*. Paris: Aubier-Montaigne.
- Debesse, M. (1941). *La crise d'originalité juvénile*. Paris: PUF.
- Dolto, F. (1998) Ma reconnaissance à Sophie Morgenstern. En Nasio, J. (Dir). *Le silence en psychanalyse*. Paris: Payot/Rivages.
- Dolto, F (1987, 1988, 1989). *Lorsque l'enfant paraît*. Paris: Le Seuil, volúmenes 1, 2 y 3.
- Donzelot, J. (1977). *La police des familles*. Paris: Minuit.
- Freud, A. (1958). Adolescence. *Psychoanalytic Child Study*, 13, 255-278.
- Grégoire, M. (1964). *Le métier de femme*. Paris: Plon.
- Grégoire, M. (1971). *Les cris de la vie*. Paris: Tchou.

- Grégoire, M. (1976). *Telle que je suis*. Paris: J'ai lu.
- Lagache, D. (1948). Nomenclature et classification des jeunes inadaptés. *Sauvegarde de l'enfance*, 2-3.
- Lagache, D. (1984). Le siècle de l'enfant et l'enfant du siècle. *Œuvres complètes*, vol. V. Paris: Presses Universitaires de France.
- Lacan, J. (1938). Le complexe, facteur concret de la psychologie familiale. En *Encyclopédie française*, vol. VIII, Section 8.40 (pp.7-15). Paris: Larousse.
- Le Guillant, L. (1951). Le psychiatre et l'enfance. *La Raison*, 1, janvier.
- Le Guillant, L. (1961). *Jeunes difficiles ou temps difficiles?* Paris: Le Scarabée.
- Mead, M. (1928). *Coming of age in Samoa*. New York: Harper Collins.
- Meyer, P. (1977). *L'enfant et la raison d'état*. Paris: Le Seuil.
- Millot, C. (1979). *Freud anti-pédagogue*. Paris: Navarin.
- Ohayon, A. (1999). *L'impossible rencontre, psychologie et psychanalyse en France, 1919-1969*. Paris: La Découverte. Réédition La Découverte Poches, 2006.
- Ohayon, A. (2005). La jeunesse et l'adolescence dans la psychologie française. En *Sociologues et sociologies La France des années 60* (pp. 163-178). Paris: L'Harmattan.
- Pleux, D. (2008). *Génération Dolto*. Paris: Odile Jacob.
- Robin, G. (1934). Les pervers. *L'Evolution Psychiatrique*, I, 59-83.
- Wallon, H. (1938). *Encyclopédie française, La vie mentale*, vol. VIII. Paris: Société de gestion de l'Encyclopédie française.
- Zazzo, B. (1958). La jeunesse et le cinéma. *Courrier du Centre International de l'Enfance*, VIII.
- Zazzo, B. (1966). *Psychologie différentielle de l'adolescence*. Paris: PUF.
- Zazzo, R. (1934). Cages pour enfants. *Vu*, 341, 119-123.

Artículo recibido: 01-10-2012

Artículo aceptado: 22-12-2012